

Novísimo diálogo de las sombras

En estética, como en amor, todo es posible.

REMY DE GOURMONT.

PERSONAJES:

Estrella de Sevilla
Sancho Ortiz de las Roelas
El Diablo Cojuelo
Lope de Vega
Busto Tabera
El Espectador
Don Arias
Sancho IV el Bravo
Doña María de Molina
Don Juan Manuel

(Fué al caer de la tarde a orillas del Leteo. Decimos al caer de la tarde, por decir algo; pues está probado — Orfeo, Hércules, Telémaco y Quevedo son testigos — que en el Tártaro la luz es siempre igual. Conste que no hay asfodelos entre el césped ni cipreses de copas piramidales; y sí, rosas y naranjos. Un infierno andaluz dispuesto por el Diablo Cojuelo en honor de los personajes. De los naranjos penden, a más de los frutos, pandere-tas, peinetones y capas de torero. Para abrir: versos de Villaespesa con ilustraciones de Romero de Torres).

Estrella — ¿A qué se debe este cambio de escena?

S. O. de las R. — A que llega hoy el Fénix de los Ingenios, conocido en la tierra por Fray Félix Lope de Vega y Carpio... y por otras cosas más.

Estrella — ¿Hoy llega?... Entonces...

S. O. de las R. — Entonces podremos quitarnos ese peso que nos ha impedido morir del todo y vivir felices.

(No hay que asombrarse de las palabras empleadas por los personajes. Como no conocen otras fuera de las aprendidas en la Tierra, deben emplearlas. Basta, en muchos casos, con darles un sentido inverso al que les atribuímos los vivos).

Estrella. — Tienes razón. ¿Y demorará mucho en llegar?

Roelas — Posiblemente, no. Viene demasiado ligero de equipaje. Por lo demás el Diablo Cojuelo nos avisará en cuanto llegue.

(En ese instante aparece al término más lejano de un sendero el nunca bien ponderado Asmodeo; o sea: el Diablo Cojuelo. Con sus dos muletitas avanza a saltos vertiginosos; se acerca a la pareja y exclama:)

Cojuelo — Ya llegó el hombre. Se le ha hecho un magnífico recibimiento. Todos mis cofrades, Grandes del Infierno, salieron a su encuentro. Dentro de unos minutos estará aquí.

(Abreviemos: Ya está Lope y además de los dichos, Busto Tabera y Don Arias).

Lope — (*acercándose a Doña Estrella*). ¡Los piés me dá, Reina! Porque vos habéis de ser majestad.

Estrella — Levanta, Lope, que no soy lo que tú supones ni muchísimo menos. Apenas si desciendo de la noble casa de los Tabera de Sevilla.

Lope — (*con intuición — palabreja cómoda para obviar dificultades — de dramaturgo?*) ¿Acaso seréis la Estrella de Sevilla?

Estrella — Así es, Lope. Y agradézcote los esfuerzos que hiciste en versos buenos y malos para ponerme en los cuernos de la luna.

(Lope se asombra y calla. El Diablo Cojuelo goza lo indecible. Y para aumentar la confusión de Lope le presenta sucesivamente, tocándolos con la muleta derecha, a los demás presentes).

Lope — (*reaccionando*) Pues regocijome de haberos encontrado. Siento que no estén los demás personajes de mi comedia pues gustaría conocerlos.

Cojuelo — Ya vendrán, Fénix. No todos; pero sí algunos. Varios no eran dignos de estar en nuestra compañía. Que no todos merecen el infierno.

(Pausa)

Cojuelo — (*diabólicamente*) Y ahora, Lope, dime: ¿Qué necesidad tenías de emplearme en una escena tan ridícula como la de la cárcel?

Lope — ¿Ridícula, dices? Es que tú confundes ridiculez con comicidad y quizás no has leído mi *Arte Nuevo de hacer comedias*. Si lo hubieses leído comprenderías que no hice sino aplicar mis principios. Aristóteles...

Cojuelo — Dejemos a Aristóteles a quien, por las calumnias de los escolásticos, casi nos vimos obligados a echar al fuego. Yo no confundo nada y menos eso. ¡Bien sabes tú, Lope, que en el mundo sólo hay un pecado: la ridiculez! ¿Y quieres que un diablo ignore los pecados? Tu escena es ridícula porque es absurda.

S. O. de las R. — Tiene razón Cojuelo. Porque una de dos — y yo me pongo en el caso de tu comedia, Lope — o yo estaba loco en la cárcel o no lo estaba. Si loco me hacías poco favor; me habría enloquecido ¿de qué? ¿De miedo? ¿De desengaños? ¿De...

Lope — No; loco no estabas. Y si lo hubieras estado doble locura fuera en tí, ahora, inquirir las causas. La locura, Sancho, viene de cualquier cosa.

Cojuelo — Hasta del exceso de gloria ¿verdad, Fénix? De donde, con un poco de mala voluntad, podríamos suponer que tú lo estabas en ese instante.

S. O. de las R. — Dices que yo no estaba loco; bien. Entonces ¿cómo justificar tales disparates? Disparates que tú do-

blaste con música. Te diré, Lope, para descargo tuyo y de tu conciencia...

Cojuelo — Esa palabra no se puede pronunciar aquí.

S. O. de las R. — Deja las chanzas, Cojuelo, y cállate. Decíate, Lope, que la tal escena no me preocupa. De ser cierta la intriga que tú inventaste, yo, caballero y cristiano, hubiérame comportado como cristiano y como caballero. ¡Fiestas de loco, Lope, casi con la extremaunción en los labios y sonos de vihuela cuando ya se presentían los tintineos de la campanilla anunciando al Santísimo! Felizmente basta mi nombre para desvirtuar tal injuria.

Estrella — Cierto, Lope. Cuando Cojuelo dióme a leer tu comedia — en el infierno hay biblioteca...

Cojuelo — Toda biblioteca es infierno.

Estrella — ... díjele a Sancho: no debes ser tú éste de que aquí se trata. A Lope agradaríale el nombre y como su compatriota Quijote al de Rocinante, lo diputó sonoro y significativo.

Lope — Leída estáis, señora mía; y no lo digo en burlas.

Cojuelo — No tiene nada que hacer; y como las de su sexo en casos tales, dedícase a las lecturas.

Lope — El caso es que no podéis vosotros negarme gloria por sólo una escena que, magüer vuestas opiniones, creo que mi *Arte Nuevo* aclara y justifica. Permitid recordároslo:

Encierro los preceptos con seis llaves...

Cojuelo — Y tú te aflojas todos los tornillos...

Lope — ¿Poeta tú, Cojuelo?

Cojuelo — Como todo diablo que se estime.

(En el infierno nadie se enoja. Los enojos dependen de los humores — según las teorías médicas de la época lopianiana — y nuestros personajes son sombras).

Lope —

*Encierro los preceptos con seis llaves;
saco a Terencio y Plauto de mi estudio
para que no me den voces; que suele
dar gritos la verdad en libros mudos,
y escribo por el arte que inventaron*

*los que el vulgar aplauso pretendieron:
porque, como los paga el vulgo, es justo
hablarle en necio para darle gusto.*

¿Acaso no lo hice yo?

Cojuelo — Y demasiado, Lope.

Tabera — (*impetuosamente*) ¿Prueba ello algo? Nada. No te justifica. Ten en cuenta que al vulgarizarnos nos desnaturalizaste. Nosotros no podíamos confundirnos con la canalla, Lope. ¡Malditos juegos de escena que Alfonso el Sabio apellidó de escarnios! Y maldita la raza de troteras y danzaderas, gozo de estudiantes nocherniegos, archiprestes desvergonzados y sacerdotes de última hora! No olvides, Lope, que dices también en tu *Arte Nuevo*:

*Ya tiene la comedia verdadera
su fin propuesto, como todo género
de poema o poësis; y éste ha sido
imitar las acciones de los hombres
y pintar las costumbres de aquel siglo.*

¿De qué siglo pintástelas tú, Lope? ¿Del de mi Rey Sancho o del tuyo?

Lope — Oyeme, Tabera; y dígote, de paso, que tu modo de hablar pruébame que no me equivoqué al pintarte: fuerte, cerril y pundonoroso.

(Conjuelo está asombrado de ver la habilidad de Lope para trocar la situación de adversa en favorable. Siente deseos diabólicos — claro está — de hacerlo caer en una trampa; pero considerando que Lope, por su vida, merece el respeto de los demonios y que además en ese caso tiene razón — la razón en aquellos tiempos vivía en el infierno — se calla).

Lope — (*continuando*) Te responderé, Tabera, con otros versos de mi *Arte Nuevo*. Oye:

*El engañar con la verdad es cosa
que ha parecido bien, como lo usaba
en todas sus comedias Miguel Sánchez,
digno, por la invención, desta memoria.*

He engañado con la verdad, Tabera. Yo tomé de ti tu indole, tu sér, tu persona en lo que tenía de eterno, adrecélo al paladar del vulgo y vestílo con galas de mi siglo.

Cojuelo — Eso parece receta de cocina.

Lope — Y aunque lo fuera, Asmodeo.

Cojuelo — No me llames así, Lope, que Tobías puede andar en los aledaños. Si lo repites te recitaré algún soneto de Góngora... El de las diez y nueve torres, por ejemplo.

Tabera — Bien, Lope, pero házme convertido en “carne fiambre y trasnochada” y resulta que yo no soy como fui. Por gracia — o por desgracia — de tus versos el mundo tendrá de mí una falsa creencia. ¡Que tal es vuestro poder, directores de títeres!

Cojuelo — Razón tienes de sobra, Tabera. Las palabras son todopoderosas. Ya lo dijo Santo Tomás: “*Verba efficiunt quod significant*”.

Tabera — Pero yo soy el menos castigado por tí, Lope. En el fondo y a veces en la superficie, cualidad indispensable del teatro, házme pintado bien. Ya ves que soy justo. Pero estoy fuera de lugar. Los demás personajes, si verdaderos, no podrían entenderse conmigo; si falsos, no debían aparecer en tu comedia.

Lope — Severo eres, Tabera, en demasía. Pero me lo explico: tú juzgas la cosa como actor y no como espectador. Los mosqueteros aplaudieron a rabiar. Y ten por cierto que el vulgo, hacedor de glorias, no encontró reparo que oponer.

(En ese instante se acerca al grupo una sombra. Nadie la conoce. Ha estado oyendo el diálogo oculta tras una capa de torero — azul y oro — que pende a la diestra de la escena. La llamaremos el Espectador. Pide licencia para hablar; se la conceden y dice:)

Espectador — Acabo de oírte, Lope; y puedo asegurarte que tu afirmación es verdadera en parte, nada más. Pues si yo debo confesar que no me percaté nunca de ese transplante histórico de que te acusa Tabera — lo cual no prueba que otro mosquetero más avisado o menos analfabeto que yo no lo no-

tara — en cambio chocáronme siempre dos cosas: la actitud de Don Arias y los diálogos de amor entre Estrella y Sancho.

(Don Arias había permanecido callado hasta ese momento. De natural tímido — y más si se tiene en cuenta que se hallaba bajo el peso de una acusación de celestineos — enardecido se levanta y con esa violencia repentina propia de los caracteres apocados se dirige a Lope exclamando:)

Don Arias — ¡Cierto, cierto, Lopillo! Convertíste me en tercero en amores; degradáste me y, no contento con ello, hicíste me pasar como el instigador del asesinato de Busto. ¿Pero acaso, Lope, no pudiste usar otros medios? ¿Faltarían en Sevilla celestinas y trotaconventos capaces de convertir en cantadera a una madre priora? Y siendo, como tú me haces aparecer en tu comedia, amigo de Busto y amigo de Estrella ¿desconocería su noviazgo con Sancho Ortiz? No! Y conociéndolo ¿cómo podría ocurrírse me, sino fuera un monstruo de iniquidad, inducir al Rey, mi Señor, a designar a Sancho para matar al hermano de su prometida? Sólo un amante despechado...

Espectador — Eso, eso es lo que los mosqueteros creíamos. Este tío — díjeme yo a un mi vecino de mosquetería — este tío debe haber recibido calabazas de Estrella! Porque sino ¡vaya unas entrañitas las que se gasta!

Lope — Estáis equivocados: ni monstruo de iniquidad ni desdeñado amante.

Don Arias — Luego, servil y adulador! Ah! Lope, Lope! Y que mal hiciste en meterte en estas andanzas! Mi Rey Don Sancho no había menester de mediadores pues que él solo bastábase para eso y mucho más; que mereció la maldición de su muy augusto padre, Don Alfonso el Sabio. Y sabe, Lope, que todo ese lío de faldas fué invención de su hermano Don Juan — y no Don Alfonso como tú lo llamas — y de sus partidarios que llegaron hasta señalar una morada de la calle de la Inquisición Vieja, por cuya puerta penetró para robar a Estrella.

Lope — No te exaltes, Don Arias, y escúchame. Confieso que quizás haya cargado demasiado las tintas; mas no me ne-

garás que en las últimas escenas yo te presenté benevolente y magnánimo.

Don Arias — Lo cual no te agradezco; porque ¿a qué aparecer como arrepentido sin haber tenido culpa? Y por otra parte ¿no ves que cambiando como tú me obligas a hacerlo, me jugaba la estimación y la confianza del Rey? Eso no está bien, Lope, ni en la vida ni en las tablas.

(Simultáneamente, el Espectador, Ortiz de las Roelas y Doña Estrella habían formado un grupo aparte y hablaban entre sí desta manera:)

S. O. de las R. — Ha dicho usarced una verdad como un templo, señor Mosquetero. Jamás hablé así a Estrella ni Estrella me habló así. ¡Y ya conversamos en aquella bendita y maravillosa ciudad de Sevilla! ¿Verdad, Estrella?

Estrella — Cierto es. Bien recuerdo cómo hablabas y que palabras usabas al requebrarme; porque tú, no lo niegues, eras galán y muy galán.

S. O. de las R. — ¿Verdad que sí, Estrella? Y las palabras salíanme deshilvanadas, una a una, y costábame mucho esfuerzo, a veces, ensartar tres seguidas.

Estrella — pero otras veces ¡que torrente! ¿Recuerdas?

S. O. de las R. — De cierto. ¡Como para usar vocablos eruditos estaba yo en esos instantes! (*Volviéndose hacia Lope*) Pero lo que más me duele, Lope, es el haberme convertido, por obra tuya, en el asesino de Busto.

Lope — Eso es ya demasiado, Sancho. Vosotros no veis nada bueno en mi comedia. ¿Acaso no está bien llevada la intriga? Y no vas a decirme que te he perjudicado. Aquel soliloquio donde tú te muestras indeciso basta para poner en evidencia tu amor y tu disciplina. Ni arrebatado ni lerdo, en tu alma luchan fieramente dos sentimientos poderosos. Triunfa...

Cojuelo — El que a tí te conviene, Lope, y no el que debía triunfar.

Lope — Estás loco, Cojuelo; deliras.

Cojuelo — No lo estoy, Lope. La desgracia de los diablos es no poder volverse locos.

Lope — Triunfa, Cojuelo, el sentimiento de lealtad al Rey.
¿Qué dices tú, Sancho?

S. O. de las R. — Dígote, Lope, que yo hubiera tornado hasta el rey y le hubiera suplicado me relevase de su orden. Tan elocuentes serían mis lágrimas sino mis palabras, que el Rey accedería a ello. Y sí dudaba de mi discreción para lo porvenir con quitarme la cabeza, asunto concluído. Sería menos cruel. A más, en el peor de los casos, yo me hubiese dejado matar por Busto; o nos hubiésemos sublevado los dos y con nosotros, a Sevilla. No faltaban medios para llevarlo a cabo.

(Iba a responder Lope cuando aparece el Diablo Cojuelo — que se había retirado poco antes — acompañado de otras tres sombras: Un Rey de Castilla — se le conoce por las insignias — una señora tocada de negro y un señor de continente sereno y pausado andar. Son: Don Sancho IV el Bravo, su esposa Doña María de Molina y su primo Don Juan Manuel, autor del Libro de los Enxemplos).

Sancho IV — Dices verdad, Sancho Ortiz. Os hubierais rebelado y hubiera yo tenido que devolver Sevilla a mi hermano Don Juan. ¡Torpeza insigne de mi parte hubiera sido conducirme como tú dispones en tu comedia. ¿No comprendes que yo debía guardar consideración a los sevillanos cuya ciudad pertenecía a mi hermano? Aquellos versos

*Muy agradecido estoy
al cuidado de Sevilla*

pintan bien mi estado de ánimo. Y después, por unos ojos negros — vistos al pasar y distinguidos entre otros miles — ¿echaría a perder mi conquista? Tú bien comprendiste que esto me preocupaba cuando en la escena en que Don Arias me incita a asesinar a Busto sin juzgarlo, yo le pregunto: ¿Qué dirán los sevillanos? ¿Qué dirá Don Alfonso, o sea: Don Juan? ¿Y qué el papa?

Doña María de Molina — (interrumpiendo al rey) ¿No sabes tú, Lope, que mi Rey y Señor amábame lo suficiente como para no serme infiel? Bien recordarás por haberlo leído — aunque yo sospecho que tú hiciste todo de o'das — como recha-

zó indignado la oferta del Rey de Francia quien, para ayudarlo, propúsole que me repudiase y casase con una hermana suya. He llorado leyendo tu comedia, Lope.

Lope — Perdonadme Señora Mía y Vos también, Majestad; pero vuestra vida no debió haber estado exenta de culpas cuando hay de Vos tan execrable memoria.

Sancho IV — Algo de verdad dices. Me arrepentí de ello y mis últimas palabras fueron: “*Yo no muero de muerte sino de los merecimientos que merecí por mi mala vida*”. Te soy sincero. Aquí todos somos iguales. Horacio lo dijo: *Pallida mors* y lo que sigue y tú sabes mejor que yo. Pero si los ojos de Estrella me hubieran prendado al punto de obligarme a cometer tal desaguisado, hubiera asaltado su casa, robádola y cerrádola en algún castillo fuerte. Créelo así.

(Hay un gran silencio que rompe Lope, preguntando, azorado:)

Lope — Y bien ¿qué queda, pues, de mi comedia?

Don Juan Manuel — (con voz reposada y ademán señorial) Quedan, Lope, la magia de los versos, la habilidad escénica y el encanto de pensar que si no fué así mereció serlo. Que el arte, Lope, es obra de brujas y juego de apariencias. Tú hiciste llorar e hiciste jurar e hiciste gozar con ella. ¿Qué tus personajes son falsos? ¿Qué el conjunto no responde a una época histórica sino que hay elementos de dos? No te importe, Lope.

Lope — (conmovido) Os agradezco vuestra benevolencia. ¿Quedaráme, entonces, el elogio de la posteridad?

Cojuelo — (desde lo alto de un naranjo, agitando una pandereta y a gritos) No lo dudes, Lope. Ya, a estas horas, escribe en tu honor el Dtr. Don Juan Pérez de Montalbán.

(Se ha hecho tarde y las sombras deben descansar. Poco a poco desaparecen naranjos y rosales. Surge un paisaje severo y escueto, como dicen los viajeros son los de Castilla).

Carlos María Onetti.